

¡Load, alegres bronces, al que jamás se aterra
Y ofrece brazo y pecho al bien común en tanto,
Callad las horas tristes de sombras en la tierra,
Cantad, alegres bronces, cantad al Cristo Santo!

JUAN CLEMENTE ZENEA

A ALFREDO TENNYSON

(De Longfellow)

Vengo á tocar tu lanza con la mía,
Poeta! nó cual retador sañudo
Golpeaba en la liza adverso escudo,
Antes en homenaje á tu maestría.

Príncipe de la inglesa poesía!
Mi admiración por ti, callar no pudo
Cual en prisión de hielo arroyo mudo,
Y á tu divino canto aplauso envía.

No entre la orgía de cantores vienes
Que, aullando, al Numen hacen torpe insulto,
Oh tú, del corazón dulce cronista!

El frondoso laurel honró tus sienes,
Y porque al Arte das tu amor y culto,
Nuestro culto y amor son tu conquista.

M. A. CARO

APUNTES SOBRE BALMES

PRIMERA PARTE

SU VIDA Y SUS OBRAS

IX

(Continuación)

En medio de las arduas faenas del periodismo, la *Filo-
sofía Fundamental* había ocupado grandemente su ánimo;
en 1845 pasó á París con el fin de entregarse á sus medi-

taciones científicas, libre de todo cuidado. En seguida se dirigió á Bélgica, donde Joaquín Vicente Pecchi, después León XIII, y entonces Delegado Apostólico, admirador del Presbítero español, le obsequió con un banquete, al cual concurrieron las más altas dignidades eclesiásticas. ¡Espectáculo hermoso de ver el de una humilde sotana entre tantas eminencias de la Iglesia!

León XIII ha sido el que ha proclamado en el mundo católico más enérgicamente la enseñanza del Angélico Doctor. Por un especial designio de la Providencia, en aquella ocasión se encontraron reunidos el joven restaurador, que con su lógica, su fe y su elocuencia supo hacer amar las doctrinas tomistas, y el Pontífice que después habría de recomendar su estudio á las naciones. A estos dos grandes hombres se debe el incremento que la sana doctrina ha ido cobrando cada día.

En Abril, Mayo y Junio de 1846, ya en Madrid, terminó la *Filosofía Fundamental*; un año más tarde se dirigió á Barcelona á hacer la impresión, y luego regresó á Vich tras una ausencia de cinco años. Sin embargo, los continuos trastornos de la capital de Cataluña no le dejaron permanecer en su tierra natal, y en Noviembre del mismo año estaba de nuevo en la Corte. Por ese entonces fue cuando escribió la *Filosofía Elemental*.

Hase juzgado que este libro precedió al anterior, sin que haya razón alguna para ello, si se tiene en cuenta que desde los treinta años Balmes tenía perfectamente formado su criterio y había adquirido la vasta ilustración que exhibió luego. Más que tentativa feliz ó primer paso para llegar á las cimas de la *Filosofía Fundamental*, debe considerarse la *Elemental* como el punto prominente en que el viajero se detiene para deleitarse por última vez en el paisaje que se le ofrece, después de haberlo contemplado desde mucho más arriba. Quería Balmes que la *Filosofía Elemental* sirviese para los seminarios, y púsose á traducirla al latín. Diez horas diarias consagraba á este trabajo. Ci-

cerón, Ovidio, Tito Livio y César fueron en ese tiempo su lectura favorita. Y para dar descanso á su espíritu alternaba esta labor con el perfeccionamiento de una obra de matemáticas. En la tranquilidad de Vich había escrito una trigonometría, y ahora estudiaba el *Cálculo infinitesimal* y escribía sobre él.

X

Creése generalmente que el genio filosófico ha de estar reñido con el poético; y si bien es cierto que en aquél predominan las facultades perceptivas, y en éste el sentimiento y la imaginación hacen el principal papel, no es menos verdad que en genios de primer orden han aparecido en grado eminente unas y otras cualidades. En Dante las brillantes imágenes de la fantasía armonizan con las más elevadas concepciones del Doctor Angélico; el sentimiento decora lo que ve la razón; la estrofa es vaso que guarda la fecundadora esencia de la Teología. A Leibnitz no le impidieron escribir hermosos versos latinos los profundos raciocinios que debieron preceder á la invención del *Cálculo infinitesimal*; y por último, en Balmes todo se halla á la vez, razón y poesía, corazón y mente.

A más de que estos dones están de relieve en sus obras, publicó algunas odas y propúsose escribir una novela que, uniendo el interés á la moralidad, en algo disminuyese el mal que entrañan las novelas francesas; sin embargo, quizás el temor de que su augusto ministerio no casara bien con tales obras de entretenimiento, lo retrajo de su propósito cuando ya tenía bien adelantado su trabajo.

XI

Uno de los últimos escritos de Balmes fue su opúsculo sobre Pío IX. La brillante carrera del pensador catalán había sido hasta entonces un triunfo continuado; ante su genio unos habían callado para que él llevara la voz de un gran partido; otros le miraban de soslayo y no se atrevían

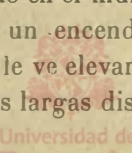
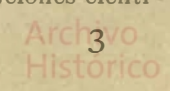
á atacarlo de frente. Su folleto sobre Pío IX fue causa de que aun sus mismos partidarios lo combatieran con grandísima acrimonia.

Aquel Pontífice había iniciado un período de reformas. La piadosa vida de Pío IX fue desde luego para Balmes objeto de noble admiración; por otra parte, pensando que la Iglesia, cuerpo vigoroso, no desfallece y muere, sino que en sí misma halla remedio á sus males, el filósofo español púsose al lado del Jefe de la Cristiandad.

Pero los amigos de D. Carlos no vieron con buenos ojos que el abnegado defensor de las buenas ideas antiguas se mostrase defensor de nada nuevo. Juzgaron algunos que sus vigorosas facultades habían declinado, creyéndole otros inconsecuente, y hubo algunos que le miraron como desertor. Soeces escritos hirieron el corazón del joven político; y si bien hubo amigos que le defendieron, aquel suceso dejóle honda impresión en el ánimo. Su alma sensible al par que su cuerpo endeble desde la niñez, no pudieron resistir más á los contratiempos y á las fatigas del estudio. En 1847 hizo un nuevo viaje á París, y vuelto á Vich á fines de Mayo de 1848, entregó su alma á Dios el 8 de Julio del mismo año. La sed de la verdad había devorado en corto tiempo su bien dotada y ardiente naturaleza.

La ciudad que le había visto nacer apresuróse á celebrar con grave pompa las exequias del ilustre filósofo. El clero, el Ayuntamiento, las personas importantes de Vich, discípulos y amigos acompañaron su cadáver. En muchas otras ciudades de España se hicieron también honras fúnebres por él. La prensa manifestó profundo sentimiento, y la poesía honró su memoria con suaves elegías.

XII

Hermosa, hermosísima es la figura intelectual de Balmes cuando se le contempla entregado desde la más temprana edad á las vigili-



ra aquel entendimiento angélico que busca con ansiedad la luz entre los más opuestos sistemas de la filosofía moderna, cuando se le ve devorado por la sed de la sabiduría, sin otro anhelo, sin otra ambición que hundir su mirada en las regiones de la verdad indeficiente.

Pero mucho más hermosa es la figura moral de este joven, que con una imaginación ardiente, con un corazón abierto á todos los afectos, supo regir su voluntad con los severos dictados del entendimiento, sin que en su vida haya nada que denuncie ni una sola vez el predominio de las pasiones sobre la inteligencia.

Gústanos á veces en las obras del arte ver el hombre con su parte de animal y de ángel, ora enaltecido con nobles ideas, ora arrebatado por sentimientos peligrosos, porque agrada la contemplación de todo lo humano, de todo ese revuelto mar de mezquindades y grandezas; pero en lo real los caracteres pequeños inspiran repugnancia, al paso que nos sorprenden y enamoran esas almas privilegiadas que la virtud ha embellecido.

Dice un comentador de las obras de Balmes que á no ser católico éste, hubiera sido el más temible enemigo de la religión; y á la verdad que sólo la continua vigilancia sobre sí mismo, inspirada por la piedad cristiana, pudo mantener en la esfera de lo verdadero y de lo justo aquel carácter vivaz, aquella naturaleza en extremo sensible, aquel corazón impetuoso.

Su humildad no menguó con haber merecido el alto honor de que Su Santidad Pío IX le consultase sobre el *derecho de nacionalidad é independencia*, ni con haber sido llamado por unanimidad á la Academia Española para sustituir al Sr. Amat, Obispo de Astorga; ni con haber logrado ser escuchado de un gran partido, ni con los elogios que sus obras habían alcanzado en el mundo; á menudo se descubre en él una fe viva, un encendido amor al Supremo Bien. En sus obras se le ve elevarse á Dios lleno de caridad, y cada vez que en sus largas disquisiciones cientí-

ficas tropieza con alguno de los problemas que se rozan directamente con la verdad infinita, el Doctor español inclina la frente con sagrado recogimiento.

Uno de sus biógrafos nos lo describe "de alta estatura, de piel blanca, fina y delicada; su cara era ovalada; su frente muy ancha, aunque no muy espaciosa, saliente y cortada por las caras laterales de la cabeza, presentaba la rara originalidad de formar un ángulo casi recto con cada uno de los lados, y no obtuso ó en línea recta, como generalmente sucede. De la originalidad de la frente participaba toda su cabeza; ésta era muy grande, extraordinariamente irregular, llena de eminencias muy perceptibles aun á la simple vista. Tenía muy desarrollada la parte que los frenólogos reconocen como sitio de las facultades intelectuales; pero lo estaban aún más las que reconocen como órganos de las afectivas....

"La fisonomía era en extremo expresiva: sus labios, que expresaban toda su amable bondad, dejaban ver una hermosa dentadura. Los ojos desmesuradamente grandes y rasgados y en extremo movibles, que llenaban la espaciosa órbita á que daba lugar la conformación de su frente, revelaban genio y penetración, y eran el claro espejo en que se manifestaba su alma con todos sus sentimientos. Cuando hablaba de sus afectos, su mirada tenía una dulzura y un encanto inexplicables; cuando en las confidencias de la amistad recaía la conversación sobre algún asunto que se prestaba á la sátira, adquiría una singular viveza embellecida con su picante sonrisa; cuando quería adivinar los sentimientos de las personas con quienes hablaba, la fijaba en la de éstos de un modo que deslumbraba; pero cuando remontándose á conversaciones serias se le proponía alguna cuestión nueva y de gravedad, enderezaba majestuosamente la cabeza, bajaba mucho la vista, los ojos parecían muy abultados, y durante algunos instantes de silencio tocaba suavemente los labios con la extremidad del dedo índice; y cuando desplegaba la fuerza

de su elocuencia, especialmente si se trataba del estado del país, de la desmoralización social y política de nuestra patria, su mirada tomaba un aspecto terrible que infundía terror."

SEGUNDA PARTE

LA FILOSOFÍA FUNDAMENTAL

La Iglesia católica ha dicho: "El alma del hombre no es corpórea, es un espíritu, quien quiera ser católico no puede ser materialista." Pero preguntadle á la Iglesia cuál es el sistema con que deben explicarse las ideas, las sensaciones, los actos de la voluntad, los sentimientos del hombre.... os responderá: que quedáis en plena libertad de pensar sobre esto lo que os parezca más razonable.

BALMES, *El Protestantismo*, cap. LXIX

Las palabras que acabamos de citar pertenecen al gran pensador sobre el cual hemos venido haciendo ligeros apuntes, y son, digámoslo así, la expresión de la regla que lo guió en el examen de los problemas científicos. Algunas de las cosas que se tocan á menudo en los textos de filosofía están aún sin resolver, por más que cada autor juzgue que ha dado en el blanco de la dificultad; y si bien es cierto que siguiendo la mente del Doctor de Aquino se evitan peligrosísimos escollos, no se puede afirmar dogmáticamente que él dio cumplida solución á tantas cuestiones oscuras que en filosofía torturan el humano entendimiento. Hay algunas en que sin grave presunción no podría escritor católico alguno desviarse de la enseñanza del Santo Doctor; pero en otras, abstrusas por su naturaleza, todo el que se crea con genio suficiente para explicarlas, es libre de excogitar la opinión que le parezca. *In dubiis libertas.*

Trazada á grandes rasgos la vida de Balmes y anotados brevemente los departamentos científicos en que ejerció su

actividad, tócanos ahora hacer algunos ligeros apuntes sobre la *Filosofía Fundamental*, objeto particular de esta tesis; ateniéndonos en lo posible á la autoridad más que á nuestros propios juicios, pues no seremos nosotros los que en senderos tan erizados caminemos desembarazadamente.

En esta parte de nuestro trabajo vamos, pues, á esbozar los puntos principales en que Balmes se apartó de la doctrina más comúnmente aceptada por los filósofos católicos, puntos que, como se ha dicho arriba, se prestan á interpretaciones diversas, lo que se prueba por la discordancia que hay aún, entre los que se precian de discípulos del Ángel de las Escuelas.

I

No es revocable á duda que el alma del hombre es como el espejo en que se refleja todo lo que se agita en derredor suyo; y si el poeta, por ejemplo, no puede menos de imprimir en sus estrofas las impresiones que recibe de las cosas exteriores, no es menos verdad que el filósofo es el eco más ó menos lejano de las teorías que con más fuerza se hacen oír en su época.

Era imposible que Balmes se sustrajera á esta ley, tanto más cuanto la verdadera ciencia cristiana estaba en bancarrota; y así es que Descartes con sus numerosos sectarios, y la escuela escocesa, sobre todo, dejaron no leve huella en las obras del filósofo de Vich.

Y hecha esta rápida observación, preciso es que veamos el modo como Balmes considera la certeza, tanto por ser el primer problema que examina el filósofo español, como por que ha sido apreciado de muy varia manera su sentir en esta importantísima materia.

“La certeza, dice, no es la verdad, pero necesita á lo menos de la ilusión de la verdad. Podemos estar ciertos de alguna cosa falsa; mas no lo estaríamos si no la creyésemos verdadera.

“El objeto del entendimiento es la verdad: por esto necesitamos á lo menos de la ilusión de ella para estar

ciertos; nuestro entendimiento es débil, y de aquí que su certeza está sujeta al error.” (1)

Conviene advertir, ante todo, que Balmes asienta desde el comienzo la certeza como un principio inconcuso, ante el cual nada pueden las cavilaciones filosóficas, procediendo en esto de muy diverso modo que Descartes, cuyas investigaciones arrancan de la duda universal: “No caigamos, dice Balmes, en la extravagancia de creer que en el umbral del templo de la filosofía está sentada la locura.”

“Los escépticos que comienzan por dudar de todo para hacer más sólida su filosofía, añade más adelante, se parecen á quien curioso de observar y fijar con exactitud los fenómenos de la vida, se abriese sin piedad el pecho y aplicase el escalpelo á su corazón palpitante.” (2)

Otra cosa que se echa de ver en la doctrina de Balmes sobre la certeza, es que su definición abraza la certidumbre metafísica, porque él, como el Doctor Angélico, pensaba que nuestro entendimiento es una participación de luz divina, y es en los axiomas ó los primeros principios en donde resplandece con más claridad ese reflejo de la inteligencia increada. Y aunque la verdad y la certeza no son una misma cosa, sí tienen relaciones íntimas, como que ésta no es sino una condición de algunas verdades, que determinan nuestro ascenso, y así, la noción que de la una se tenga influye necesariamente en el concepto de la otra. Pero aun hecha esta salvedad, sentado que el entendimiento llega á estar cierto de un error, y tal es en definitiva una verdad aparente, fuera de que es cosa harto difícil, vale tanto como afirmar que nuestros conocimientos son relativos en demasía; la duda se entroniza de un salto en el solio donde sólo debe reinar la verdad conocida, y se abre ancho campo á funestas é inevitables deducciones.

(1) *Filosofía Fundamental*, cap. I, nota I.

(2) *Ibid.* cap. II.

Es verdad que en la historia de la ciencia se registran no pocos casos en que un sistema que se había tenido muchos siglos por *cierto*, examinado á la luz de nuevos conocimientos, aparece no sólo erróneo sino opuesto á otro sistema que, demostrado con precisión matemática, viene á reemplazar al antiguo. Así sucedió con muchos de los sistemas astronómicos que privaron antes de la aparición de Newton y Copérnico; pero en este caso no es razonable decir, á menos de pugnar con el principio de contradicción, que antiguos y modernos se adherían á opuestos sistemas con *certeza*, sino que los primeros tenían una simple persuasión, lo que es muy diferente, y sólo por abuso del lenguaje podría atribuírseles ese inefable reposar del espíritu en la verdad que constituye el principal carácter del concepto de que tratamos.

Por otra parte, la noción que de la certeza se tenga ó será la única línea divisoria entre los escépticos y los dogmáticos, ó uno y otro campo se vendrán á confundir al cabo; pues ó el hombre llega á estar *cierto* de algo, aun tratándose de las verdades discursivas, y en ese caso la necesidad de alzar una valla contra el error se impone, y queda resuelto en contra el problema de la libertad absoluta; ó no está en definitiva cierto de nada, y en rigor no hay sistema alguno, sea tan pernicioso como se quiera, que no tenga derecho como cualquier otro para presentarse á la luz del día.

Sucede en esto de la certidumbre científica lo que con casi todas las cuestiones filosóficas. Preséntanse á veces al entendimiento, digámoslo así, como una simple sutileza cuya solución no ha de influir en nada, ni turbar en lo más mínimo la marcha de nuestros conocimientos; pero con en transcurso del tiempo, van haciéndose más claras las consecuencias, y si la interpretación que se dio á un principio en apariencia inofensivo es errónea, las aplicaciones que de él se desprenden son bastantes á conducir por extraviadas sendas nuestro pensamiento.

“En estas cuestiones, dice un connotado escritor, la importancia no se halla siempre en razón directa de su carácter concreto; antes bien, sucede que las más abstractas y elevadas producen resultados prácticos y casi inevitables, del mismo modo que la nieve acumulada en las montañas, elevada á invisible bajo brumosos velos, es la causa de las avenidas de los ríos, que producen la fertilidad ó los desastres de los valles” (1).

Parécenos, pues, más sabia la definición que de la certeza da el Angélico Doctor, considerándola como un firme ascenso de la mente á la verdad conocida. En efecto, puede el hombre no comprender *lo que es*, pero es de todo punto imposible que comprenda *lo que no es*, y la ciencia no puede versar sobre lo falso (2).

II

En principio no concede Balmes la evidencia más que á las verdades analíticas; y les señala por eso como caracteres la *universalidad* y la *necesidad*; de aquí que no la admita como criterio supremo de certeza, sino que á su lado coloque la conciencia y el sentido común (3).

Nótase en este punto en el filósofo español cierta confusión de ideas entre la evidencia subjetiva y la objetiva. Demuestra á propósito la objetividad de las ideas, y al propio tiempo da á entender que nuestra mente asiente, más que atraída por el mismo fulgor de la verdad, impelida por un irresistible impulso de la naturaleza. Si por tal se entiende, como opinan algunos, que nuestro entendimiento tiene su objeto propio, la verdad, y que una vez que se presenta con lucidez es imposible negarle nuestro asentimiento, Balmes está en lo cierto; pero esta interpretación es bastante insostenible en virtud de reiteradas afir-

(1) Marco Fidel Suárez, *El Positivismo*.

(2) Vallat, *Prælectiones philosophicæ*, t. I, cap. I, art. II, *Libro Histórico*.

(3) Ginebra, *Elementos de Filosofía*, t. I, pág. 104.

maciones del filósofo español, casi en todas sus obras, de las cuales se puede colegir legítimamente que no andaba muy lejos de la escuela de Reid.

“La conciencia nos dice que vemos la idea de una cosa contenida en la otra; hasta aquí no hay más que apariencia: la fórmula en que podría expresarse el testimonio sería: *me parece*, designando un fenómeno puramente subjetivo. *Pero este fenómeno anda siempre acompañado de un instinto intelectual, de un irresistible impulso de la naturaleza*, el cual nos hace asentir á la verdad de la relación, no sólo en cuanto está en nosotros, sino también en cuanto se halla fuera de nosotros, en el orden puramente objetivo, ya sea en la esfera de la realidad ó de la posibilidad” (1).

Razón tenía Balmes en negar á la evidencia subjetiva el carácter de supremo criterio de certeza; porque considerada de ese modo le falta la *universalidad*, condición indispensable al último criterio, no viniendo á ser más que una mera modificación del sujeto que en ninguna manera guarda relación con los objetos. Por esto opinaba el filósofo español que no se podía señalar una razón satisfactoria en pro de la veracidad de la evidencia, no obstante que es imposible dejar de rendirse á ella. En este sentido *el principio de la evidencia no es evidente*, como dice él, y su argumentación es irrefutable.

Así como la certeza es de suyo objetiva en cuanto “puede considerarse como un estado determinado del entendimiento con respecto á la verdad,” la evidencia es objetiva por su naturaleza, y no consiste en otra cosa que en la aptitud del objeto para presentarse en la mente con viveza y lucidez. Examinada desde este punto de vista, la evidencia sí es el supremo criterio de certeza: abraza tanto las verdades en que el predicado se ve sin raciocinio alguno contenido en la esencia del sujeto, como las que exigen un razonamiento previo; y con tal que se presente al es-

(1) *Filosofía Fundamental*, t. I, cap. XXIII.

píritu con la debida claridad, no excluye verdad alguna, ya se refiera á un hecho, á un objeto ó á un fenómeno cualquiera.

Esta observación basta para poner de manifiesto que no es cierto que *el principio de la evidencia no es evidente*. Para llegar Balmes á esta consecuencia somete al análisis esta proposición: “lo que está contenido en la idea clara y distinta de una cosa, debe afirmarse de ella con toda certeza,” y deduce de él con incontestables razones que puede resolverse en esta otra: *lo evidente es verdadero*. Pero “evidente, dice, es lo mismo que visto con claridad, que ofrecido al entendimiento de una manera luminosa. Verdadero es lo mismo que conformidad de la idea con el objeto” (1). En seguida pregunta: ¿por más que se analice esta idea: *visto con claridad*, se puede descubrir esta otra: *conforme al objeto*? “Nó, responde; se da aquí un salto inmenso, se pasa de la subjetividad á la objetividad, se hace el tránsito de la idea á su objeto, tránsito que constituye el problema más trascendental, más difícil, más oscuro de la filosofía.”

Es manifiesto que el principio de la evidencia, si con él se significa una mera modificación del sujeto pensante, no es evidente; y en este mismo sentido, en la expresión *visto con claridad* no se descubre la idea de *conformidad con el objeto*; empero, tomado aquel principio objetivamente, en cuanto significa la misma verdad del objeto que brilla al entendimiento, no hay dificultad alguna en tenerlo como evidéntísimo en sí mismo.

Hasta aquí, aunque parece que el filósofo español no dista mucho de la escuela cartesiana, entre Balmes y Descartes hay, con todo, una diferencia profunda. Descartes, en efecto, negó la evidencia á las verdades morales, y en cuanto á las físicas quiso tratarlas á la manera de las matemáticas y referirlas á ellas, pues, según él, “entre todos los que han inquirido las verdades en las ciencias, sola-

(1) *Filosofía Fundamental*, t. I, cap. XXII.

mente en las matemáticas han podido encontrar algunas demostraciones, esto es, algunas razones ciertas y evidentes."

Erigido en principio general que sólo hay un método científico, el método matemático, y que en el orden de la especulación es necesario no admitir sino la evidencia, quedaba la teología subordinada á la ciencia, y sólo había que dar un paso para considerarla como puramente racional. De aquí que diga Cousin: "El precepto de rendirse á la evidencia solamente, es, pues, un precepto de libertad; deja libre al espíritu en todos los órdenes del conocimiento, y el primero que lo proclamó puede ser apellidado con justicia el libertador de la razón humana."

Muy lejos está Balmes de admitir en todo su rigor la evidencia en el sentido cartesiano. En la obra del filósofo francés es tan estrecho el campo para las verdades de consentimiento universal, que en vano se buscaría en sus libros una prueba de la existencia de Dios sacada del sentir común de los hombres. Descartes creía lo menos posible en esto y en las verdades de sentido común; hacía muy poco caso de semejantes argumentos, lo que era en realidad lógico, sentados los principios en que apoyó su método. Rechazó también la autoridad científica, una vez que se deshizo de todas sus opiniones—y en éstas entra por mucho aquel criterio,—é hizo como si el pasado no existiese, resuelto como estaba á no buscar otra ciencia que la que encontrara en sí mismo y en el gran libro de la naturaleza.

No sucede lo mismo con el Presbítero catalán: aunque á primera vista parece que no admite más criterios que los de evidencia, conciencia y sentido común, examinando con detenimiento sus obras, échase de ver que también le merece gran respeto el criterio de autoridad. Y no importa, por ahora, que él haga reposar el valor del testimonio en un mero impulso de la naturaleza.

"La fe en la autoridad humana, dice, nos ofrece otro caso de ese instinto admirable. El individuo y la sociedad

necesitan esa fe; sin ella la sociedad y la familia serían imposibles; el mismo individuo estaría condenado al aislamiento, y por tanto, á la muerte. *Sin la fe en la palabra del hombre el linaje humano desaparecería.* Esta creencia tiene distintos grados según las diferentes circunstancias, pero existe siempre; el hombre se inclina á creer al hombre por un instinto natural. *Cuando son muchos los hombres que hablan, y no tienen contra sí otros que hablan en sentido opuesto, la fuerza de la inclinación es mayor á proporción que es mayor el número de los testigos, hasta llegar á un punto en que es irresistible*" (1).

"La fe instintiva en la autoridad humana, dice en el capítulo siguiente, es un hecho atestiguado por la experiencia y que ningún filósofo ha puesto en duda. Esa fe, dirigida por la razón de la manera conveniente, *constituye uno de los criterios de verdad.*"

En cuanto á la autoridad científica, Balmes en *El Protestantismo* escribe hermosas páginas destinadas á probar que en la ciencia muy pocos son los que llegan á medir la magnitud de un principio que se proclama como nuevo, y que la generalidad de los hombres que se apellidan sabios le dan á aquél su asentimiento guiados solamente por un hombre de genio, y antes de pasar por los análisis rigurosos que precedieron á su publicación.

"En cada época, dice, se presentan algunos pocos, poquísimos entendimientos privilegiados, que alzando su vuelo sobre todos los demás, les sirven de guía en las diferentes carreras; precipítase tras ellos una numerosa turba que se apellida sabia, y con los ojos fijos en la enseña enarbolada, va siguiendo afanosa los pasos del aventajado caudillo. Y, ¡cosa singular! todos claman por la independencia de la marcha, todos se precian de seguir aquel rumbo, nuevo, como si ellos le hubieran descubierto, como si avanzaran en él guiados únicamente por su propia luz é inspiraciones. Las necesidades, la afición ú otras circunstancias

(1) *Filosofía Fundamental*, l. I., cap. XXXII.

nos conducen á dedicarnos á éste ó á aquel ramo de conocimientos; nuestra debilidad nos está diciendo de continuo que no nos es dada la fuerza creatriz, y ya que no podemos ofrecer nada propio, ya que nos es imposible abrir un nuevo camino, nos lisonjeamos de que nos cabe una parte de gloria siguiendo la enseña de algún ilustre caudillo; y en medio de tales sueños, llegamos tal vez á persuadirnos de que no militamos bajo la bandera de nadie, que sólo rendimos homenaje á nuestras convicciones, cuando en realidad no somos más que prosélitos de doctrinas ajenas" (1).

LUIS MARÍA MORA

(Continuará)

DOCUMENTOS HISTORICOS

LA FAMILIA DE ACEVEDO GÓMEZ

Señor Rector

D. José de Acevedo y Gómez, del Comercio de esta ciudad, ante V. S., en la vía y forma que más haya lugar, parezco y digo: que, para efectos que me convienen, se ha de servir V. S. mandar que el presente Secretario ponga, á continuación de ésta, una certificación del acto de recepción de la beca en este Colegio, de mis inmediatos parientes Dr. D. José Julián de Acevedo, Cura que fue de la parroquia de Zapatoca; D. Fernando Acevedo, clérigo de menores órdenes en ésta; Dr. D. Lorenzo de Vargas, Racionero de la Santa Iglesia Catedral de Mérida; Dr. D. Juan Antonio Gómez Romano, Cura de Sesquilé; Dr. D. Miguel Tadeo Gómez, Contador principal de la Real Renta de Aguardientes del Socorro, y D. Luis Antonio Sarmiento, Oficial de la Secretaría de este Virreinato; y en seguida un testimonio de la cédula en que S. M. concede á este Colegio las prerro-

(1) *El Protestantismo*, cap. V.